CAPITULO XIII.

DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son más difíciles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazón sin ninguna especie de traba: así parece á primera vista; pero no lo es realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazón nos lleva á favorecer á éstos más bien que á aquellos, y la razón y la justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsión, suele inspirarla también á los otros,

es decir, tiene una desgracia más, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, haciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía, es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Además, la limosna ha de estar en armonía con la situación del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho con ella ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazón para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia, que disfrutó comodidades y se ve en la indigencia, una prenda de ropa tosca, que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, mostrándole toda la extensión de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos. Cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc., etc.

Pero no basta la delicadeza; es también

necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar más apetitoso, cuidemos que ni por su calidad ni por su precio se aparte mucho de los que él suele y puede usar. Cuando esté restablecido, comerá de todo, cierto; pero bien podrá ser que recuerde aquel alimento, aquella bebida delicada, que él no sabía que existiese, y que le reveló nuestra imprudente bondad; bien podrá ser que caiga en la tentación de saborear otra vez aquellos manjares, cuyo recuerdo le incita; y el pobre se arruina en el momento que deja de ser sobrio. Tengamos, pues, con él lujo de amor y de tolerancia; pero en cuanto á proporcionarle goces que no estén en armonía con su situación, seamos muy circunspectos, porque las necesidades se crean con mucha facilidad, y se satisfacen muy difícilmente.

La propia consideración hemos de hacer con respecto á los niños. Convendrá muchas veces que les llevemos golosinas ó juguetes; pero que sean de los que ellos conocen y han adquirido alguna vez y pueden volver á adquirir: de otro modo,

sobre establecer dolorosos contrastes; les revelaríamos goces y refinamientos de un mundo que deben ignorar ú olvidar, sino han de ser muy desgraciados. Cuando la limosna consiste en vestidos, el error es todavía más fácil, y puede ser más fatal. Reunimos nuestras ropas usadas y las de nuestros amigos y amigas, y nos complacemos en pasarles revista, en ver que abultan mucho, en notar que aún están vistosas: vamos á poner á nuestros pobres muy majos, y distribuimos mentalmente las prendas de nuestro pequeño vestuario. Nuestra voluntad es buena, Dios la recibe; pero en cuanto á nuestra prudencia, podrá dejar mucho que desear. Es probable que convenga vender ó cambiar, ó cuando menos variar de forma, aquellas prendas que pensamos dar tales como están. En algunos casos podemos hacerlo, si se trata de familias que han estado bien acomodadas y conservan necesidades y hábitos de otra posición mejor; pero cuando no media esta circunstancia, cierta clase de objetos, sobre ser de poca utilidad, porque su delicadeza no está en armonía con el género de

vida y costumbres de los que han de usarlos, pueden llevar á una familia pobre dolorosos contrastes y peligrosas aspiraciones. La vanidad penetra insensiblemente por todos los poros de nuestra alma, reviste todas las formas, se acomoda á todas las circunstancias y se alberga indistintamente en el palacio y en la buhardilla. Un vestido dado imprudentemente á una niña, puede preparar el camino á los extravíos de una joven. Una criatura que se confundía modestamente con las de su clase, puede querer distinguirse de ellas por una dádiva imprudente, que la hace notar ó parecer más bella. Una vez despertada la vanidad, echa profundas raíces, y sólo Dios sabe la paz y las virtudes que á ella se inmolan. Cuidemos mucho por nuestra parte de no fomentarla imprudentemente, sobre todo entre las niñas y las jóvenes, que pueden tener en ella un gran escollo para su virtud. Que nuestra limosna socorra necesidades, y no fomente caprichos ni despierte pasiones peligrosas.

CAPITULO XIV.

DEL RESPETO AL DOLOR

El que va en busca de su hermano desvalido para consolarle, no insultará seguramente su desgracia. ¿Para qué recomendarle el respeto al dolor? Porque todos hemos oído decir alguna vez, y acaso hemos dicho: «*Esa gente no siente como nosotros. Los pobres no sienten.*»

Comprendemos que los pobres, por su género de vida, sean menos susceptibles, y que el hábito de sufrir endurece para los sufrimientos; pero si restáramos de nuestra decantada sensibilidad la hipocresía, que los pobres no tienen, y las conveniencias sociales, que desdeñan y acatamos nosotros, no nos pareciera tanta la distancia entre su modo de ser y el nuestro. ¿Qué diferencia esencial hay en-

tre el pobre que, después de perder á una persona querida, sin consultar más que su corazón, se va á la taberna, y el rico que consulta impaciente el calendario para ver el día en que podrá cambiar de traje ó ir al teatro?

Pero supongamos que en general los pobres sienten mucho menos; admitámoslo como regla; ¿creemos que no tiene excepciones numerosas?

—¿Cómo va, Juan?

—Medianamente, señora: con este tiempo no se puede trabajar. Algunos ratitos que no llueve hago algo en la huerta de D. N.... y me dan la comida.

—¿Y á dónde va usted con ella?

—La llevo á casa.

—¡Poca cosa será para todos!

—Poca; pero á lo menos así aprovecha; porque comer yo solo, pensando que mi mujer y mis hijos no comen.....

.....

.....

—¿Qué es eso, pobre María? ¿Se han aumentado los dolores?

—No, señora.

—Pues, ¿por qué está usted tan afligida?

—Hoy hace siete años que me despedí de la hija de mi alma, que murió en el hospital. Me parece que la estoy oyendo. «*¡Adiós, madre mía!* me decía, *¡no nos volveremos á ver!*» Y no nos vimos más. Llegó la hora, tuve que dejarla, y murió sin que yo supiera cómo, ni oyera la última palabra que dijo.....

.....

.....

—¿Qué ha tenido usted, Antonia?

—Me encuentra usted muy cambiada, ¿no es verdad?

—¿Ha estado usted mala?

—Sí, señora.

—¿Qué ha sido?

—Una pena, que fué para morir de ella; pero los pobres no morimos de penas.

—Los ricos tampoco. ¿Qué le ha sucedido á usted?

—Mientras hallaba dónde recogerme, estába en aquella casa que usted sabe, de gente poco buena. Se puso malo el niño, y se murió en pocas horas. No estaba empadronada; me dijeron que en aquella pa-

rroquia no le querían enterrar porque no pertenecía á ella; que los iba á comprometer; que no había médico que diese certificación de que el niño murió de enfermedad; porque ninguno le había asistido; que me acusarían de haberle matado.... Le cogí, yo, su madre; le llevé muerto por las calles, por tantas calles como hay de allí á la Inclusa, y le dejé en el torno. Luego eché á correr horrorizada, y después no se lo que me pasó, hasta que me ví eferma en el hospital .....

.....

¡Los pobres también sienten! Y cuando uno siente con delicadeza, con vehemencia, ¡es horrible ser pobre! ¡La falta de medios materiales y de consideración, qué de torturas añade á la pena que Dios envía! Aquella pobre madre ve consumirse lentamente á su hijo. Le dicen que le lleve á tomar baños ó variar de clima; no puede: que al menos cambie su habitación por otra menos lóbrega y húmeda, no es posible tampoco: que le dé alimentos más nutritivos; no tiene medios. Al fin le ve caer y expirar. Al mismo tiempo sus hermanos lloran de hambre, y es

preciso atenderlos; luego, rendida de cansancio y de dolor, duerme al lado del hijo, que no despertará; por la mañana se horroriza de su sueño, ve sacar el cadáver, sabe que le llevan á la fosa común, que nunca podrá arrodillarse junto á una cruz y decir llorando: «*¡Aquí está mi hijo!*»

Aun admitiendo por regla que los pobres sienten poco, en honor de la verdad por cierto muy tristes, hay que admitir que esta regla tiene numerosas excepciones. Si no tenemos pruebas, muchas y muy evidentes, de la dureza de un pobre, tratémosle en sus grandes penas como si fuera muy sensible; evitémosle esas escenas desgarradoras que destrozan el alma. Poco se ha perdido si nuestra solicitud no era necesaria: ¡y qué horible sería que, siéndolo, faltase, y que añadiésemos al dolor inevitable otros que hubiéramos podido evitar! En todo, para no faltar nunca, es preciso sobrar muchas veces: sobremos, pues, de tal modo, que el vulgo pueda decir: «*¡Qué necedad!*»; pero que el hombre caritativo no diga nunca: «*¡Que dureza!*»